

Las migraciones en masa, los mercados mundiales de capitales y las transiciones demográficas*

Jeffrey G. Williamson
Department of Economics
Universidad de Harvard

Resumen

Este artículo explora el impacto de los shocks demográficos sobre las migraciones en masa y los mercados internacionales de capitales. También revisa como las transiciones demográficas influyen en el tamaño de las cohortes y como esos cambios en la distribución por edades de la población afectan, a su vez, al exceso de demanda de las regiones receptoras y el exceso de oferta de las regiones emisoras. Para ilustrar esos puntos el autor utiliza cuatro ejemplos, dos procedentes de la primera globalización que precedió al año 1914 y otros dos que se corresponden a la segunda época de globalización posterior a 1950.

Palabras clave: globalización, shocks demográficos, distribución por edades.

Clasificación JEL: F21, F22, N30.

Abstract

This paper explores the impact of demographic shocks on mass migrations and world capital markets. It reviews how demographic transitions influence the size of age cohorts, and then how these changes in age distribution influence excess demands in receiving regions and excess supplies in sending regions. To illustrate these points as they apply to labor and capital migration in a global world, my remarks will draw on four examples, two drawn from the first global century before 1914 and two from the second global century after 1950.

Keywords: globalization, demographic shocks, age distribution.

JEL classification: F21, F22, N30.

1. Introducción

El modo como los economistas ven el impacto de la demografía sobre la economía ha cambiado drásticamente durante las últimas dos décadas, y la historia económica ha sido una protagonista principal de dicha transformación. A finales de la década de 1980, cuando el economista Allen Kelley (1988) escribía su magistral artículo sobre las consecuencias económicas del crecimiento de la población en el Ter-

* Conferencia dictada en la Universidad Carlos III (Madrid), 5 de octubre de 2005. Los comentarios están basados en su discurso inaugural «Noel Butlin» presentado ante la *Economic History Society of Australia and New Zealand* en la Universidad Nacional de Australia, Canberra el 29 de septiembre de 2003. Estos, a su vez, se basan ampliamente en dos publicaciones recientes (Williamson 2001, 2004). Para el autor es un placer reconocer el trabajo previo en cooperación con David Bloom (BLOOM and WILLIAMSON, 1998), Timothy Hatton (HATTON y WILLIAMSON, 1998, 2003, 2005), Matthew Higgins (HIGGINS y WILLIAMSON, 1997) y Alan Taylor (TAYLOR y WILLIAMSON, 1994) sobre los temas tratados aquí. Su agradecimiento a todos ellos.

Traducción de Juan Manuel Puerta.

cer Mundo, la visión convencional era que las preocupaciones malthusianas no tenían una correlación en la historia, y que la mejor manera de evaluarlas era fijándose en el crecimiento demográfico agregado a largo plazo.

Desde entonces los economistas han aprendido dos lecciones importantes, que parecen obvias pero que en aquellos momentos no lo fueron. Primero, los cambios en la composición de la población importan, a menudo, mucho más que los cambios en las cifras agregadas. Segundo, en lo relativo al impacto demográfico, el análisis de las transiciones es mucho más esclarecedor que el de los estados estacionarios. Estas dos lecciones han servido para esclarecer la conexión entre las revoluciones industriales, las transiciones demográficas y los flujos mundiales de factores.

El tipo de «shock» demográfico importa. Un avance médico o la eliminación de una enfermedad que afecta a todos por igual, independientemente de la edad, tendrá consecuencias sobre el crecimiento de una población pero no sobre su composición. Completamente diferentes son las consecuencias de los avances médicos que sirven para extender la longevidad ya que incrementan la proporción de la población jubilada, tal como ha sido señalado claramente en los debates contemporáneos sobre el futuro de la seguridad social. De la misma forma, el virus del SIDA tendría efectos económicos más moderados de los que tiene realmente si afectase por igual a las personas de todas las edades. Puesto que ataca a jóvenes adultos sexualmente activos influye, por tanto, en la composición de la población. Otro ejemplo igualmente relevante, pero mucho menos doloroso, sería el incremento de los nacimientos debido a un «baby boom». Sin lugar a dudas, éste proceso también afectaría a la composición de la población dado que el número de niños se incrementaría.

Los «baby booms» son generados por cambios la cantidad de matrimonios y en la fertilidad. Sin embargo, una caída drástica en la mortalidad infantil puede tener las mismas consecuencias. De hecho, este es exactamente el «shock» demográfico que golpeó al Tercer Mundo después de la segunda guerra mundial y que desencadenó, en esos lugares, lo que hoy conocemos como «transición demográfica». Las transiciones demográficas están relacionadas con las revoluciones industriales, de manera que no es sorprendente encontrarlas en la Europa del siglo diecinueve y en las regiones de ultramar de población europea (*European offshoots*) a medida que éstas comenzaron a recorrer la senda del moderno crecimiento económico. Estas transiciones demográficas generaron «shocks» demográficos mucho más importantes que el conocido «baby boom» que los países de la OCDE experimentaron en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

La transición demográfica resulta determinante en el paso de un período preindustrial, de alta fertilidad y mortalidad, a uno postindustrial, de baja fertilidad y mortalidad. Tal como sucede con las revoluciones industriales, las transiciones demográficas necesitan muchas décadas para completarse. Europa empleó por lo menos un siglo para completar su transición demográfica, la mitad de ese tiempo fue utilizado en el Extremo Oriente y, aparentemente, África completará su transición en un período que se situará entre esos dos extremos. Las caídas en la mortalidad señalan el inicio de estas transiciones demográficas que van acompañadas de cambios en la estructura por edades de la población. Estos cambios se ven potenciados por el

hecho de que la caída en la mortalidad beneficia, inicialmente, a los recién nacidos y a los niños. Ciertamente, la mejora en la tasa de supervivencia infantil induce a los padres a disminuir la fertilidad. Por ello, si los padres fuesen capaces de ajustar su fertilidad de forma inmediata y completa a las nuevas condiciones no se generaría un exceso de niños ni una aceleración en el crecimiento de la población y, por ello, no podríamos hablar de una transición demográfica. Sin embargo, los padres ajustan su fertilidad de forma paulatina generando que el número de niños crezca y que su relativa abundancia se mantenga durante un cierto periodo. Un nuevo estadio de la transición demográfica se inicia cuando, pasado un tiempo, la fertilidad empieza a caer. El crecimiento de la población es, pues, determinado por la diferencia entre la fertilidad y la mortalidad. Así, la transición demográfica se ve acompañada por un largo ciclo de crecimiento demográfico y, quizás aun más importante, por una serie de cambios en la estructura por edades de la población. De hecho, a lo largo de la transición demográfica, la proporción de la población en edad de trabajar sufre un cambio incluso más radical que el sufrido por la población total.

A lo largo de los párrafos anteriores, se han presentado tres argumentos principales. Primero, los *shocks* demográficos tendrán mayores consecuencias si afectan a grupos específicos de la población como los niños, los jóvenes adultos o los ancianos. Segundo, los *shocks* demográficos deben ser grandes para generar algún efecto significativo. Tercero, una vez que estos *shocks* han tenido lugar, afectarán a la economía durante largo tiempo. Para ilustrar cómo estos argumentos se aplican a los flujos de capital y a las migraciones en un mundo globalizado, se han escogido cuatro ejemplos: dos corresponden a la primera globalización (antes de 1914) y los otros dos a la segunda globalización (después de 1950)

El resto del artículo se organiza de la siguiente manera. La próxima sección estudia la relación entre las transiciones demográficas y el movimiento internacional de factores de producción. Las siguientes cinco secciones (de la tercera a la séptima) presentan diferentes ejemplos de dicha relación. El artículo finaliza con una pequeña reflexión sobre el estado actual de las transiciones demográficas.

2. ¿Cómo puede la transición demográfica afectar los flujos globales de factores?

De forma simple, los flujos de capitales y las migraciones internacionales pueden entenderse como el reflejo de un exceso de oferta en la región que expulsa dichos factores y de un exceso de demanda en aquella que los recibe. Pasemos a considerar, en primer lugar, los mercados de trabajo y las migraciones.

La mayor parte de las migraciones en masa tienen motivaciones económicas. En particular, son generadas por las diferencias entre regiones de salarios reales y niveles de vida. Dado que los que más tienen a ganar y menos a perder por mudarse son los jóvenes adultos, las migraciones son muy selectivas en cuanto a la edad. El sesgo por edades era ya evidente a fines del siglo XIX. El 76 por 100 de los inmigrantes que ingresaban en los Estados Unidos tenían entre 15 y 40 años mientras que, en ese

mismo periodo, sólo el 42 por 100 de los residentes en dicho país se encontraba comprendido en dicho intervalo de edades. Las diferencias entre emigrantes y no emigrantes son aún más evidentes en las regiones europeas que generaban las migraciones. Por ejemplo, el 80 por 100 de los emigrantes irlandeses tenían entre 15 y 40 años mientras que sólo el 35 por 100 de quienes decidieron quedarse en Irlanda tenían dicha edad. Lo que es cierto para los irlandeses también se verifica para los españoles y para otros emigrantes europeos durante la primera globalización. Este proceso de autoselección (*self selection*) por edades también se observa en las migraciones de la segunda globalización como la de los africanos que buscan trabajo en España, la de los europeos del Este que hacen lo propio en Alemania y la de los mexicanos a California. Esta concentración de las migraciones en estos grupos de edad jóvenes tiende a desvanecerse cuando familias enteras emigran en períodos de hambruna, de guerra civil o de limpieza étnica. Sin embargo, es indiscutible que cuando el número de jóvenes adultos se incrementa en zonas de emigración, también lo hace el número de emigrantes potenciales. El impacto de la demografía en las migraciones en masa será más intenso si la región receptora con salarios altos se encuentra en una etapa tardía de su transición demográfica; como es el caso de Unión Europea hoy, donde los jóvenes adultos escasean y los ancianos son abundantes.

Hasta ahora se ha descrito la influencia *directa* de la demografía en las migraciones en masa entre países. Sin embargo, existe también una influencia *indirecta* que debe de ser considerada. Ésta se produce cuando una cohorte de niños numerosa envejece y llega a participar en el mercado laboral. Entonces, el súbito incremento de jóvenes adultos puede llegar a erosionar la disponibilidad de trabajos para este grupo, empeorar las ofertas salariales que reciben y causar, en general, una reducción de sus niveles de vida. Las malas condiciones laborales en la región emisora empujarían a más trabajadores hacia la emigración. La escasez de este grupo demográfico en la región receptora tensaría aún más los mercados laborales, atrayendo todavía a más inmigrantes.

Naciones demográficamente más jóvenes tienden a enviar emigrantes mientras que las naciones demográficamente más viejas tienden a recibirlos. Si una política migratoria liberal permite que este proceso agote todas sus consecuencias, migraciones en masa desde países de salarios bajos con transiciones demográficas intermedias inundarán las naciones de altos salarios cuyas transiciones demográficas se hubiesen ya completado. Si, por el contrario, medidas migratorias restrictivas intentan cortar este proceso, inmigrantes ilegales y aquellos en búsqueda de asilo intentarán sortearlas.

Las cosas se vuelven un poco más controvertidas en el caso de los flujos financieros y de los mercados internacionales de capitales. No resulta muy esclarecedor describir la entrada de capitales como la forma de cubrir los requerimientos internos de inversión que el ahorro nacional no es capaz de satisfacer. De hecho, la demografía puede influir tanto en la tasa de ahorro como en la inversión. Por eso, los economistas discuten la relación entre la demografía y el ahorro. A renglón seguido pasamos a considerar dicha relación.

Hace casi cincuenta años, Ansley Coale y Edgar Hoover (1958) propusieron su famosa hipótesis de la «carga de la dependencia» (*dependency-burden*), que basaba en una intuición muy simple pero, a la vez, muy esclarecedora. Un rápido incremento de la población inducido por una reducción en la mortalidad infantil y un aumento de la fertilidad amplía el número de jóvenes dependientes y las necesidades de consumo a costa del ahorro. Eventualmente, la abundancia de dependientes se transformará en un drástico incremento en la cantidad de jóvenes adultos mientras que el boom en el ahorro contribuye a la acumulación de capital o incluso, en el mejor de los casos, a un milagro económico. Finalmente, el fin de la transición demográfica se manifiesta en un aumento del número de ancianos, bajos ahorros y una reducción en el crecimiento. Entonces, la tesis de Coale y Hoover sugiere que algunos de los increíbles aumentos en las tasas de ahorro en países del este y sudeste asiático durante las tres décadas anteriores a 1985 (y antes del colapso financiero) pueden ser explicados por las, igualmente impresionantes, reducciones en la carga de la dependencia. Asimismo, la tesis sugiere que a medida que las tasas de dependencia por el aumento de la proporción de ancianos se incrementen durante las próximas tres décadas en Asia, sus altas tasas de ahorro se desvanecerán.

¿Qué se puede decir de la demanda de inversión? Aquí el argumento se ajusta perfectamente a los historiadores económicos de la edad del autor². A medida que los niños nacidos durante un «baby boom» se hacen adultos, el incremento en la fuerza laboral genera una mayor inversión en infraestructura ya que estos nuevos trabajadores necesitan incorporarse a su empleo, ser equipados con lo necesario para trabajar y un lugar donde vivir a medida que van dejando a sus padres y formando sus propias familias. Moses Abramovitz, Richard Easterlin, el ganador del premio Nobel Simon Kuznets y otros pioneros de la historia económica llamaron a este tipo de inversión «sensible a la población» (*population sensitive*) mientras proponían explicaciones para la inestabilidad macroeconómica de la economía global durante el siglo XIX.

En resumen, es probable que la demanda de inversión y la de ahorro estén positivamente correlacionadas durante la transición demográfica. Cuando hay una abundancia de niños o ancianos, tanto la demanda de inversión como la de ahorro serán bajas. En cambio, cuando se produce una abundancia de adultos en edad de trabajar, tanto la demanda de inversión como la de ahorro serán altas. ¿Cuál de las dos domina a la otra? En el caso de que la oferta de ahorro exceda a la demanda de inversión, a medida que la numerosa cohorte de jóvenes alcance la edad de trabajar, las entradas de capital se llegarán a contraerse e incluso puede ser que se conviertan en salidas de capital. ¿Ocurre así? La respuesta dictará lo que ocurre con los flujos internacionales de capital.

Matthew Higgins y el autor (Higgins y Williamson, 1997) han propuesto una respuesta. Utilizando datos anuales de las cuentas nacionales para dieciséis naciones asiáticas en las tres décadas anteriores a 1992, estiman económicamente el ahorro, la inversión y el saldo en cuenta corriente o entrada neta de capital. Los re-

² N. del T.: El profesor Williamson acababa de cumplir 70 años en el momento de escribir estas páginas.

sultados confirmaron que tanto la dependencia de los jóvenes como la de los ancianos tienen un efecto negativo sobre el ahorro y, a su vez, el ahorro tiene un perfil en forma de U invertida a lo largo del ciclo vital alcanzando su valor máximo a mitad de la vida. A primera vista, el impacto de la edad sobre la inversión parecería ser bastante similar a los que se dan sobre el ahorro. Sin embargo, una proporción elevada de adultos produce un menor incremento de la demanda inversión que de la oferta de ahorro. Esto implica que las naciones jóvenes que están pasando por transiciones demográficas también deben pasar por un largo periodo de dependencia en el capital extranjero hasta que finalmente pueden alcanzar un periodo de independencia financiera. Por todo ello, las naciones demográficamente jóvenes tienden a ser importadores netos de capital mientras que las naciones demográficamente viejas tienden a ser exportadores netos de capital. Si los mercados internacionales de capital están bien integrados y la política a favor de la integración global permite que estas fuerzas se expresen con toda libertad, el capital tenderá desplazarse entre las naciones como una *transferencia intergeneracional* de los ancianos a los jóvenes.

En las páginas restantes, permítanme ofrecer cuatro ejemplos de cómo el pasado reciente y aquel más distante confirman mi explicación. Estos ejemplos también sugieren que los shocks demográficos constituyen válidas alternativas a los shocks económicos cuando se deben explicar los flujos globales de factores, especialmente en un mundo donde las políticas favorecen la integración global de los mercados.

3. Eventos demográficos y migraciones masivas desde Europa antes de 1914

Durante las migraciones transatlánticas anteriores a la Primera Guerra Mundial, alrededor de 60 millones de emigrantes europeos se desplazaron desde Europa hacia el Nuevo Mundo. Esta emigración masiva de europeos comenzó en las zonas más desarrolladas del noroeste para luego esparcirse hacia las zonas menos desarrolladas del sur y el este. Las causas de la emigración fueron múltiples. Los emigrantes europeos se vieron atraídos por la posibilidad de obtener importantes mejoras tanto en su renta como en la renta de sus hijos. También el ritmo del desarrollo de su país de origen les ayudó emigrar y los efectos acumulados de migraciones previas a través del efecto «amigos y familiares». Y, lo que es más relevante para este artículo, por los eventos demográficos que acontecieron tanto en la región emisora como en la receptora.

Los países europeos experimentaron un ciclo vital con bajas tasas migratorias que luego se convirtieron en altas para finalmente volver a descender. Puede parecer paradójico que, inicialmente, los países pobres registraran modestos niveles de emigración. Después de todo, un simple razonamiento económico sugeriría que los países pobres tendrían que haber experimentado las tasas de emigración más elevadas dado que sus ciudadanos eran los que más tenían a ganar con el desplazamiento. La paradoja se resuelve en el mismo momento en que recordamos que la emi-

gración se encuentra limitada por la pobreza en el país de origen, es decir, por la falta de recursos necesarios para financiar el desplazamiento. Sin embargo ésta reaparece de nuevo cuando recordamos que las tasas de emigración *se incrementaron* durante algún tiempo paralelamente al impresionante crecimiento económico las regiones emisoras ¿Por qué *se incrementaba* la emigración cuando la diferencia entre los salarios locales y extranjeros *se reducía*? Las causas eran dos: primero, un paulatino alivio de las limitaciones económicas a la emigración, y, segundo, un poderoso incremento en las fuerzas demográficas que ensanchaba el número de emigrantes potenciales.

¿Qué podría explicar, entonces, el incremento en las emigraciones en masa desde Europa hace ya un siglo? A medida que regiones europeas relativamente pobres y con salarios bajos comenzaron sus transiciones demográficas, la mayor fertilidad asociada con la menor mortalidad dio lugar a un fuerte desarrollo demográfico de manera que las tasas de dependencia juvenil se incrementaron. Dado que los jóvenes adultos son obvios candidatos para la emigración, a medida que estas grandes cohortes de jóvenes crecieron, proporciones crecientes de población en las regiones europeas más pobres se transformaron en emigrantes potenciales. Más concretamente, alrededor de la mitad del incremento en la emigración europea anterior a la Primera Guerra Mundial se debió a un incremento en la proporción de jóvenes adultos en las regiones generadoras de emigrantes. Además, el crecimiento en la cantidad de jóvenes adultos produjo un exceso en la oferta laboral en los países de origen presionando la tierra y otros recursos locales, reduciendo así los niveles de vida y empujando aún más emigrantes al extranjero. Desde luego que, a medida que la transición demográfica siguió su curso, estas fuerzas eventualmente se agotaron causando una bajada de las tasas de emigración.

4. Las transiciones demográficas, el sida y la emigración africana en la actualidad

Las mismas causas que provocaron la emigración europea de hace un siglo se presentan, aún con más virulencia, en el África de hoy en día. Después de todo, este continente ha sufrido una transición demográfica mucho más drástica que la europea. Por ello, se espera que sus tasas de crecimiento demográfico permanezcan por encima del 2 por 100 anual durante las próximas dos décadas, duplicando a las que se verificaban en Europa antes de la Primera Guerra Mundial. El contraste resulta aún más llamativo si se comparan las tasas de crecimiento de la población joven adulta que es, por supuesto, aquella que más probablemente escoja emigrar. Además, en la actualidad, el diferencial salarial entre Europa y África es entre dos y cuatro veces más grande que el diferencial salarial entre el Nuevo Mundo y Europa hace un siglo. Si los africanos son tan sensibles a las causas fundamentales de las migraciones como lo fueron los europeos durante el siglo pasado, deberíamos observar numerosos flujos migratorios, y estos serían aún mayores en el futuro. Sin embargo, las restricciones migratorias en países de altos salarios han logrado con-

tener en parte, pero ciertamente no todo, este flujo potencial. Por lo tanto, la cantidad total de personas nacidas en África que viven en los países desarrollados es mucho menor de la que se habría observado en el caso de una política migratoria «liberal».

Se ha estimado que el 2,8 por 100 de la población subsahariana residente en 1990 vivía en países distintos al de su nacimiento. Esta cifra es mucho mayor que para otras zonas de emigración ya que sólo alcanza el 1,4 por 100 en Asia y el 1,7 por 100 en América Latina. El Caribe es la única zona de emigración que registraba una tasa ligeramente mayor que la del África subsahariana.

Cuando se investigan los determinantes de las emigraciones para veintiún países africanos entre 1977 y 1995, los resultados empíricos son muy similares a los obtenidos para la emigración europea del siglo previo (Hatton y Williamson, 2003, 2005, cap. 14). Así, los dos determinantes más importantes son la brecha entre los niveles de vida y la proporción de población comprendida entre los 15 y 29 años. Los eventos demográficos importan en el pasado reciente de África e importarán aún mucho más en el futuro. Hay tres razones para que esto sea así. Primero, el crecimiento poblacional pone presión en la tierra y en otros recursos naturales, reduciendo los niveles de vida en el país de origen e incentivando la emigración en la medida en que las brechas salariales entre el país emisor y el receptor se hacen mayores. Además, debemos destacar que las fuerzas de los rendimientos decrecientes son particularmente poderosas en los pueblos y pequeñas ciudades africanas donde la tierra es el recurso clave y no existen tierras nuevas para explotar. Segundo, el desarrollo económico africano durante las últimas dos décadas ha sido limitado, y la mayoría de los analistas anticipa una situación parecida durante las próximas dos décadas. Por tanto, es muy improbable que se produzcan muchos «milagros» económicos que eleven los salarios y mantengan a los inmigrantes potenciales dentro de las fronteras de su país. De hecho, lo más probable es que la brecha entre los niveles de vida locales y extranjeros se amplíe aún más. Tercero, las proyecciones revelan el avenir de importantes cambios demográficos. Si se alcanzaran las tasas de emigración africana que recogen las proyecciones, el número de emigrantes alcanzaría niveles importantes dado que los pronósticos hablan de alrededor de 800.000 emigrantes anuales durante los próximos 20 años. Este incremento significativo es una consecuencia del aumento tanto de la proporción de población joven adulta como de la densidad de población.

Las predicciones demográficas se han vuelto particularmente inciertas debido a la pandemia que implica el virus del HIV/SIDA. Alrededor de 25 millones de personas se encuentran actualmente infectados en África. La enfermedad es particularmente grave en países del sur de África donde las tasas de prevalencia en adultos son del 37 por 100 para Botswana, del 25 por 100 para Zimbabwe y del 20 por 100 para Sudáfrica. Todas las estimaciones recién mencionadas utilizadas para las proyecciones del número de emigrantes fueron elaboradas en 2002, de ahí que anticipen el efecto de la epidemia. En concreto, suponen que una proporción relevante de la población adulta joven generada durante la transición demográfica resultará diezmada. Sin la pandemia del HIV/SIDA, las predicciones de migraciones fuera del

continente africano aún habrían sido mayores alcanzando, así, las altísimas tasas migratorias europeas de la década de 1870.

En África, actualmente, las fuerzas que generan la emigración son las mismas que se observaron en Europa durante el siglo previo. Sin embargo, en el caso europeo se podían observar algunas características más favorables. Así, las regiones de emigración con bajos salarios experimentaron tanto un gran crecimiento económico, que les permitió cerrar la brecha con las regiones más desarrolladas, como una ralentización de su crecimiento demográfico, contribuyendo, ambos efectos, a limitar las migraciones masivas. El contraste es evidente con el África de hoy en día: el crecimiento económico es inestable, sus economías se han retrasado aún más respecto de los líderes y, en un futuro cercano, se registrará una aceleración demográfica. Es por ello que la presión hacia la emigración se intensificará en los países africanos, manifestándose a través de una creciente demanda de acceso a los mercados laborales de altos salarios del mundo desarrollado. La incógnita demográfica en esta ecuación es, desde luego, el éxito que tengan los países africanos a la hora de controlar la expansión del HIV/SIDA. Si se propaga rápidamente, entonces una parte de la presión migratoria cederá. Si se controla rápidamente, entonces las predicciones migratorias mencionadas tienen mayores posibilidades de verificarse. La conclusión es la siguiente: hay una probabilidad razonable de que durante las próximas dos o tres décadas África registre migraciones masivas muy superiores a las que se dieron en Europa durante el siglo XIX.

5. Cómo los efectos demográficos ayudaron a «atraer» y «expulsar» el capital europeo en el período anterior al año 1914

La movilidad internacional del capital puede tener implicaciones profundas para el crecimiento económico tanto en la teoría como en la práctica. Puede resultar fundamental desde un punto de vista teórico debido a que la mayor parte de las teorías del crecimiento económico ponen el énfasis en la acumulación del capital. Al romper la conexión entre el ahorro interno y la inversión interna, la movilidad internacional del capital hace que la demanda de inversión sea mucho más importante como determinante del crecimiento económico que la oferta de ahorro interna. Asimismo, los flujos de capital pueden ser muy decisivos en la práctica ya que posibilitan que las economías más pobres puedan invertir mucho más de lo que harían bajo otras condiciones.

Al final del siglo XIX podemos observar flujos de capital mayores que los que se habían visto hasta entonces o se verían de allí en adelante. La «City» de Londres era el centro de los mercados internacionales de capital y los británicos eran los principales exportadores de capital. Así, para 1870 ya habían colocado el 17 por 100 de su riqueza en el exterior mientras que en 1913 la cifra alcanzaba el 33 por 100. El compromiso británico con los mercados de capital globalizados aumentaba a medida que aumentaba su inversión neta en el exterior. Si bien Gran Bretaña era el juga-

dor clave en el mercado mundial de capital, Francia, Alemania y otras economías europeas avanzadas también participaban en dicho mercado.

La «dependencia» del capital extranjero era también muy importante para los países receptores. En 1913, los extranjeros poseían casi la mitad del stock de capital argentino y una quinta parte del australiano. Entre 1870 y 1910, el flujo entrante de inversión extranjera neta como proporción de la formación bruta de capital fijo alcanzaba el 37 por 100 para Canadá, el 70 por 100 para Argentina y quizás un 75 por 100 para México. Estas cifras son sensiblemente superiores al 10 o 20 por 100 alcanzado por países del Tercer Mundo en las recientes décadas de 1970 y 1980.

¿Dónde fue todo el capital extranjero durante esta primera repentina expansión de los mercados de capital? Han pasado ya quince años desde que el ganador del premio Nobel Robert Lucas (1990) se preguntase por qué el capital no fluye desde los países ricos hacia los países pobres. Si bien Lucas utilizaba datos contemporáneos para documentar su paradoja, sugería que la misma se habría evidenciado, probablemente, durante la primera gran expansión de los mercados internacionales de capitales. Tenía razón. Una parte muy pequeña de las exportaciones británicas de capital fueron a los países pobres. De hecho, alrededor de dos terceras partes fueron a las zonas ricas del Nuevo Mundo, donde sólo vivía una décima de la población mundial, y sólo un cuarto de ellas se dirigió hacia Asia y África, donde habitaban casi dos terceras partes de la población mundial (Clemens y Williamson, 2004).

La explicación más simple de esta «Paradoja de Lucas» es que el capital británico simplemente siguió a los inmigrantes europeos, y ambos buscaban tierra y recursos naturales baratos. Esta explicación basada en el capital persiguiendo al trabajo presupone que debía de haber alguna tercera variable omitida. La mayoría de los observadores económicos de finales del siglo XIX habrían dicho que se trataba de los recursos naturales mientras que la mayoría de los observadores económicos del siglo XX señalarían al capital humano. Ambas explicaciones ignoran una importante tercera posibilidad: *la demografía*. Ésta contribuyó a través de un rápido crecimiento demográfico en el Nuevo Mundo que disparó la demanda de inversión mientras que simultáneamente las altas tasas de dependencia juvenil limitaban sus posibilidades de ahorro, contribuyendo así a los inmensos flujos de capital (Taylor y Williamson, 1994). Después de todo, en el Nuevo Mundo, las parejas se casaban a una edad más temprana, tenían más hijos y sus hijos tenían tasas de supervivencia más altas por los altos salarios. Aunque las migraciones en masa compensaban parcialmente la carga de la dependencia debido a la presencia masiva de jóvenes adultos en ellas, se produjo un exceso de jóvenes que incrementó la carga que suponían las personas dependientes. De hecho, la compensación de dicho desequilibrio resultado de las migraciones fue sólo parcial. Por eso, la distancia entre las tasas de dependencia del Nuevo Mundo y del Reino Unido se mantuvo importante, incluso mayor que la que predominó en años recientes entre el Tercer Mundo y la OCDE.

El modelo de carga de la dependencia de Coale-Hoover puede ser usado para explicar los flujos de capital en el periodo anterior a 1914. Éste sugiere, por un lado, que las altas cargas de la dependencia del Nuevo Mundo deberían de haber consumido los ahorros locales y que, por otro lado, las bajas tasas de dependencia en Europa deberían haber aumentado los ahorros locales empujando, de esta manera, las exportaciones de capital desde Europa al Viejo Mundo. Resulta que esto es exactamente lo que sucedió. De hecho, tal vez podría explicarse unas dos terceras partes de la inversión neta británica en el exterior por estas fuerzas demográficas. Los flujos de capital durante la primera gran expansión mundial de los mercados de capital fueron en gran medida el resultado de una transferencia intergeneracional inducida por la demografía.

6. El capital extranjero y la conexión con la dependencia demográfica en el este asiático 1950-1992

A principios de la década de 1970, Corea del Sur estaba preocupada por su fuerte dependencia en fuentes externas de financiación y encargó al Banco Mundial que investigara por qué su población ahorra tan poco. A fines de la década de 1980, Corea había duplicado su tasa de ahorro y su balance en cuenta corriente como porcentaje de su producto interno bruto había cambiado de signo en sólo una década de un déficit del ocho por 100 a un superávit de tres por 100. Durante el mismo periodo, la tasa de dependencia cayó más de doce puntos porcentuales y la proporción de personas en edad de trabajar se elevó en una cantidad similar. ¿Era esta correlación ficticia?, ¿o fue la transición demográfica la que provocó el cambio de importador neto de capital a exportador neto de capital?

Si bien el caso de Corea del Sur fue paradigmático, el resto de los países del este asiático exhibieron el mismo comportamiento. En todos los casos las tasas de ahorro se elevaron desde poco más del 14 por 100 a fines de la década de 1950 hasta un increíble 35 por 100 a principios de la década de 1990. Las tasas de inversión también ascendieron pero no tanto como las de ahorro. La diferencia entre las dos, la cuenta corriente, paso de un saldo negativo de cinco puntos a un saldo positivo de dos puntos. De esta forma, el este asiático pasó de ser uno de los principales importadores de capital a ser uno de los principales exportadores en sólo tres décadas. Así, esta región era absolutamente dependiente del capital extranjero en la década de 1950 pero completamente independiente a principio de la década de 1990, justo antes del colapso financiero.

En todo el continente asiático la dependencia demográfica se encontraba altamente correlacionada con la dependencia en el capital extranjero. Por tanto, es evidente que esta correlación no es ficticia. Anteriormente, ya hemos mencionado que, cuando se aplican modelos de ahorro e inversión a la experiencia asiática, la demografía explica casi todos los flujos de capital (Higgins y Williamson, 1997). Otros economistas han estimado efectos menores de la demografía pero, sin embargo, han sido incapaces de rebatir la conclusión de que la transición demográfica tuvo un gran impacto en los flujos de capital internacionales.

7. Los milagros del este asiático, los colapsos y las transiciones demográficas

El autor argumenta que las variaciones en la distribución de edades importan en el momento de evaluar el impacto del cambio demográfico sobre el desarrollo económico. No está sólo en esta afirmación ya que muchos economistas han argumentado que en las primeras etapas de la transición demográfica el crecimiento de la renta per cápita es limitado tanto por altas tasas de carga de la dependencia juvenil como por las pequeñas proporciones de adultos en edad de trabajar, debido a que generan pocos trabajadores y ahorradores. A medida que la transición continúa, una menor carga de la dependencia juvenil y una mayor proporción de adultos en edad de trabajar hacen aumentar la tasa de crecimiento en la renta per cápita ya que hay, relativamente, muchos trabajadores y ahorradores. La carga inicial de tener pocos trabajadores y ahorradores se transforma luego en un regalo: una altísima proporción de adultos en edad de trabajar. Posteriormente, a medida que la proporción de ancianos se incrementa, el regalo económico se evapora o incluso se transforma, nuevamente, en una carga.

Si esta historia es la correcta, entonces una parte del pobre crecimiento económico del este asiático antes de 1965 puede ser atribuido al hecho que la región arrasaba una carga de dependencia juvenil muy pesada, la cual, por si misma, reducía las tasas de crecimiento. A medida que el este asiático evolucionó de la etapa de la carga a la etapa del regalo demográfico, la carga de la dependencia juvenil disminuyó y la proporción de adultos en edad de trabajar se elevó. El resultado fue una aceleración del crecimiento coadyuvada por las fuerzas demográficas. Esta y otras fuerzas de la transición colaboraron para empujar la tasa de crecimiento por encima de los niveles previos a 1965 hasta los niveles milagrosos que imperaron durante el cuarto de siglo posterior. Sin embargo, el regalo demográfico en el este asiático ha comenzado a disiparse y, en consecuencia, el crecimiento económico ha comenzado a desacelerarse a medida que la proporción de población anciana se incrementa.

No hace mucho, David Bloom y el propio autor (Bloom y Williamson, 1998) ofrecieron la evidencia empírica que confirma estas afirmaciones cualitativas. En primer lugar, estimaron ecuaciones de crecimiento para el cuarto de siglo comprendido entre 1965 y 1990 en las cuales incluimos como variables explicativas la tasa de crecimiento de la población en edad de trabajar, la tasa de crecimiento de la población total y las otras variables que típicamente en esta clase de análisis se incluyen como la educación, la disponibilidad de recursos naturales, la política comercial, la tasa de ahorro del sector público, la calidad de las instituciones y la historia económica. Los resultados confirmaron que el crecimiento de la población en edad de trabajar había tenido un importante impacto en la tasa de crecimiento del PIB, mientras que el crecimiento total de la población había tenido un importante efecto negativo. Luego, se preguntaron qué proporción del milagro asiático era explicada por estos *shocks* demográficos. Entre 1965 y 1990, la población en edad de trabajar en el este asiático se incrementó a un ritmo de 2,4 por 100 anual, una cantidad ne-

tamente superior al 1,6 por 100 anual que prevaleció para la población en su conjunto. Combinando los coeficientes de las ecuaciones estimadas y las tasas de crecimiento del total de la población y de la población activa, encontramos que la dinámica poblacional puede explicar entre 1,4 y 1,9 puntos porcentuales del crecimiento del PIB per cápita del este asiático, lo cual equivale a casi un tercio del milagro. Si el milagro se definiera como la diferencia entre el crecimiento actual del PIB per cápita y un crecimiento de estado estacionario del 2 por 100, entonces la dinámica poblacional podría explicar casi la mitad del mismo. Además, los países que se beneficiaron en mayor medida de estos eventos demográficos fueron Corea del Sur, Singapur, Taiwán, Hong Kong, Tailandia y Malasia, todos ellos viejos o nuevos «Tigres asiáticos» de rápido crecimiento. No es casual que estos «Tigres» atrajeran la atención de Paul Krugman (1994) cuando afirmó que el milagro del este asiático se debía en gran medida a las altas tasas de acumulación y de crecimiento de la fuerza laboral. Sin embargo, Krugman no consiguió dar el último paso y notar que la transición demográfica había hecho gran parte del trabajo.

¿Qué se puede decir sobre el futuro? El crecimiento del PIB atribuible a influencias demográficas para el este asiático tiene un pronóstico *negativo* para el período comprendido entre 1990 y 2025, implicando un retraso de aproximadamente dos puntos porcentuales debido exclusivamente a dichas fuerzas demográficas.

8. A modo de conclusión: una perspectiva mundial

Lo verdaderamente sorprendente de la actual economía global es que las dos mitades del mundo se encuentran en diferentes etapas demográficas. Parecería ser bueno que la envejecida OCDE pueda canalizar su capital excedente hacia el joven Tercer Mundo de capitales escasos mientras que al mismo tiempo el joven Tercer Mundo canaliza su trabajo excedente a la envejecida OCDE con escasa disponibilidad de trabajo. La gran pregunta es, desde luego, si la política de la OCDE permitirá que los mercados internacionales de capital y trabajo hagan esta transferencia intergeneracional que tan bien funcionó durante el siglo pasado.

Referencias bibliográficas

- [1] BLOOM, D. y WILLIAMSON, J. G. (1998): «Demographic transitions and economic miracles in emerging Asia», *World Bank Economic Review*, 12, 419-55.
- [2] CLEMENS, M. A. y Williamson, J. G. (2004): «Wealth bias in the first global capital market boom 1870-1913», *Economic Journal*, 114 (April), 311-44.
- [3] COALE, A. J. y HOOVER, E. (1958): *Population Growth and Economic Development in Low-Income Countries*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- [4] HATTON, T. J. y WILLIAMSON, J. G. (1998): *The Age of Mass Migration: An Economic Analysis*, Nueva York: Oxford University Press.
- [5] HATTON, T. J. y WILLIAMSON, J. G. (2003): «Demographic and economic pressure on emigration out of Africa», *Scandinavian Journal of Economics*, 105, 465-86.

- [6] HATTON, T. J. y Williamson, J. G. (2005): *Global Migration and the World Economy: Two Centuries of Policy and Performance*, Cambridge, Mass., MIT Press.
- [7] HIGGINS, M. y WILLIAMSON, J. G. (1997): «Age structure dynamics in Asia and dependence on foreign capital», *Population and Development Review*, 23, 261-93.
- [8] KELLEY, A. C. (1988): «Economic consequences of population change in the Third World», *Journal of Economic Literature*, 26, 1685-728.
- [9] KRUGMAN, P. (1994): «The myth of Asia's miracle», *Foreign Affairs*, 73, 62-78.
- [10] LUCAS, R. E. (1990): «Why doesn't capital flow from rich to poor countries?», *American Economic Review*, 80, 926.
- [11] TAYLOR, A. M. y WILLIAMSON, J. G. (1994): «Capital flows to the New World as an intergenerational transfer», *Journal of Political Economy*, 102, 348-71.
- [12] WILLIAMSON, J. G. (2001): «Demographic shocks and global factor flows», en J. N. Little y R. K. Triest (eds.), *Seismic Shifts: The Economic Impact of Demographic Change*, Boston, Mass.: Federal Reserve Bank of Boston.
- [13] WILLIAMSON, J. G. (2004): «The Inaugural Noel Butlin Lecture: World Factor Migrations and Demographic Transitions,» *Australian Economic History Review*, 44 (July), 118-41.